

Dos hijas del gran



TERREMOTO

CRISTIÁN SAHLI LECAROS



didaskalos



CRISTIÁN SAHLI LECAROS

DOS HIJAS DEL
GRAN TERREMOTO



Diseño de portada: Anuska Uribarrena

Fotos de portadas: Keystone Pictures USA, Alamy
Global_Pics, Istock Photo
Pierre St. Amand - NGDC Natural Hazards Slides with Captions Header
Stammt vom Eigentümer und Rechteinhaber des Bildes (Fotografen)
und wurde frei gegeben - Buonasera

Autor: © Cristián Sahli Lecaros

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-25737-2021
ISBN: 978-84-17185-71-8

Maquetación: M.^a Teresa Millán Fernández

www.editorialdidaskalos.org
Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
1	9
2	17
3	27
4	34
5	45
6	59
7	69
8	74
9	85
10	95
11	106
12	116
13	127
14	143
15	153
16	167
17	186
18	203
19	214
20	227
21	240
22	254
23	264
24	276
25	286

	<i>Págs.</i>
26	298
27	309
28	319
29	337
30	344
31	354
32	366
33	381
34	391
35	405
36	421
37	432

La ciudad de Valdivia se encuentra a casi ochocientos cincuenta kilómetros al sur de Santiago de Chile. Está emplazada entre los ríos Valdivia, Calle Calle y Cau Cau, lo que la convierte en un sitio estratégico por su cercanía fluvial con el océano Pacífico y su fácil acceso a los llanos. Era territorio del pueblo Huilliche¹ llamado Ainilebu². Fue Pedro de Valdivia quien, tras conquistar la zona, fundó una ciudad a la que dio su propio nombre en 1552: Santa María la Blanca de Valdivia. Se llamó así por la belleza del paisaje y la feracidad del suelo. Allí el oro era abundante y crecido en quilates.

Valdivia fue destruida por un terremoto y maremoto en 1575. Luego de su reconstrucción en 1598, los españoles debieron abandonarla en manos araucanas tras la batalla de Curalaba. Reconquistada, fue reconstruida en 1647 y pasó a ser el enclave hispano más austral de la costa del Pacífico; constituía un lugar estratégico para la defensa del Virreinato del Perú. Allí se emplazaba el sistema de fortificaciones más importante de la América colonial, jamás vulnerado por corsarios y piratas.

¹ Huilliche: gente del sur.

² Ainilebu: nueve ríos. Nombre que se daba al lugar.

Años después de la independencia de Chile llegaron a la zona muchos colonos, principalmente alemanes, y también franceses, británicos, holandeses, italianos y suizos.

La ciudad sufrió un devastador incendio que destruyó la zona céntrica en 1909. Se reedificó. El 22 de mayo de 1960, once minutos después de las tres de la tarde, se produjo un terremoto de gran intensidad: 9.5 de la escala Richter y XII en la de Mercalli; el sismo más potente del que se tiene medición instrumental. Minutos más tarde buena parte de Valdivia fue inundada por un maremoto. Por si fuera poco, el río San Pedro, desagüe natural del lago Riñihue, último de una inmensa cuenca lacustre compartida con Argentina, se obstruyó a causa del terremoto, amenazando con sepultar la ciudad con un inmenso alud.

1

Amelia se desperezó y dio varias vueltas en la cama, mientras recuperaba poco a poco la conciencia. Había tenido un mal sueño en algún momento de la noche e intentó afanosamente buscar lo que la había angustiado, hasta despertarla con el corazón acelerado y mojada por la transpiración.

Se había levantado al baño como una autómatas, con la cabeza llena de fantasías que parecían realmente vividas. Había bebido un poco de agua, y al volver a la cama el sueño la había vencido de inmediato, sellando con la losa del olvido lo que tan real le parecía pocos minutos antes.

Ahora, ya despierta, sentía curiosidad y cierta inquietud por recordar qué había soñado, porque una extraña intuición le decía que aquello podría llegar a ser realidad.

Se levantó y luego de dar dos pasos le vino repentinamente a la mente un débil recuerdo de su delirio nocturno: los gritos desgarradores de su madre que la llamaban por su nombre francés: “Amélie!, Amélie!”. Los podía oír con el mismo horror con que los había escuchado en aquella visión nocturna. Luego no

recordó nada más, y por mucho que intentó escudriñar en su memoria, no encontró imagen alguna a la que pudiera unirse aquel angustioso llamado.

¿Podría tener que ver su pesadilla con algunos desencuentros con su madre ese último año? “Lo que no me gusta —se dijo por enésima vez— es que siempre me está controlando. Es como si quisiera que yo fuera igual a ella en todo... La admiro y me gustan muchos aspectos de su forma de ser, pero no soy ella. Y no me deja expresarme como quiero, como yo soy...”.

A veces esta situación la hacía sentir rabia y le costaba dominarse.

Recordó el día en que salieron de compras hacía unos meses, en el verano. Ella quería ropa más moderna, como la de sus amigas, pero su mamá no la había dejado elegir.

—¿Por qué siempre quieres que me vea como una vieja? —le había preguntado—. Nadie más se viste así hoy. Esa blusa es horrible, no me la voy a poner jamás.

Otro campo de discusión era la peluquería. Su madre se empeñaba en que debía dejarse crecer más el pelo, pero Amelia lo quería corto como lo llevaban las jóvenes. De no haber mediado su padre en el conflicto, no sabía dónde podría haber acabado.

Cada vez que recordaba esas cosas renacía en ella un secreto malestar.

Se acercó a la ventana y admiró una vez más el río Calle Calle, con sus aguas mansas y verduscas. La exuberante vegetación de la ribera, que adquiría colores nuevos en cada estación, la ayudó como tantas veces a ver la vida más alegremente. Sus pensamientos solían confundirla, pero la naturaleza y el aire libre la ayudaban a razonar mejor.

Algo más serena, volvió a decirse que las disputas con su madre jamás alterarían el amor que le tenía. Peleaban, sí, pero por pequeñeces, por asuntos sin trascendencia...

Ese pensamiento le devolvió la felicidad, actitud imprescindible para el día que comenzaba. ¡Era 20 de mayo de 1960 y cumplía dieciocho años! Una sonrisa le vino a los labios. ¡Le encantaba que la celebraran!

Volvió a experimentar un sentimiento de gratitud a la vida, a su familia y a su ciudad. Su madre le había contado tantas veces que la abuela, la *grand-mère* Michelle, jamás se había arrepentido de trasladarse recién casada del mismísimo París a ese extremo del *finis terrae*. La anciana había muerto hacía dos años y había transmitido a sus descendientes el orgullo de su origen galo, la hermosa cultura francesa y un sinfín de costumbres entrañables.

Amelia, no obstante, se sentía chilena, amaba Valdivia y a la gente del sur de su país. Aunque chapurreara algo de francés, su modo de razonar y su acento tenían el encanto de lo criollo. Le gustaba la actitud algo retraída del chileno —que se tornaba en confianza irrestricta por la amistad—, el horror a la estridencia, la sátira esquinada y el cariño sin exceso de sentimentalismo. En todo caso, el amor que Amelia sentía hacia su propia nación no era incompatible con su cariño apasionado por todo lo francés.

Miró el reloj y se dio cuenta de que debía darse prisa. Las clases en el colegio comenzaban a las ocho y tenía que desayunar. Se vistió rápidamente y se peinó a la carrera, lo mejor que pudo, sin mirar el caos que dejaba a su paso: las pantuflas cada una por su lado, el camisón tirado, la cama re-

vuelta. Sobre la mesilla de noche, junto a su peine preferido, quedaron unos pendientes y un ejemplar de los *Diez negritos*. Las novelas de Agatha Christie la tenían atrapada desde el verano anterior.

Ella ni siquiera veía aquel desorden. Ayüray³, su niñera, se encargaba de todo. Había quedado huérfana a los doce años y la *grand-mère* Michelle la había acogido y educado mientras le enseñaba a realizar algunos trabajos adecuados a su edad. Aprendió a hablar muy bien el español y algunos modos de decir franceses. Cuando la chica tenía dieciséis años —casi como un milagro porque los abuelos pensaban que no tendrían nunca hijos—, nació Marie, la madre de Amelia.

Ayüray siguió siempre con la familia, porque se ganaba la confianza de todos debido a su bondad y a una serenidad poco común. Era fuerte como los de su raza, parecía que nunca se cansaba, y gracias a ella —a pesar de los niños y de que superaba los sesenta años—, la casa estaba siempre ordenada.

Amelia cerró la puerta de su habitación y corrió hacia el comedor. Sabía que la esperaban, pues se trataba de una especial tradición familiar. La mesa era un espectáculo: además de las *baguettes*, la abuela había enseñado a Marie como preparar *pain au chocolat*, *brioche* y *chouquette*, dulces que todos encontraban deliciosos; había una sabrosa mermelada de fresas, que condensaba el buen hacer francés y lo mejor de la fruta nacional. Eso junto a la mantequilla, que siempre tenía el sabor intenso de la leche del sur, y al exquisito pan amasado que preparaba Ayüray.

³ Ayüray: “flor alegre”.

La celebrada bajó las escaleras ágilmente con su uniforme colegial. Al abrir las puertas del comedor los encontró a todos. Su madre se acercó y la abrazó emocionada:

—*Mon enfant, comme tu as grandi!*⁴

Marie Lemoine vivía solo para su familia. Los cuatro partos no le habían quitado su encanto femenino y le habían aportado mayor circunspección. De estatura media y pelo castaño, era rápida para todo y nunca se la podía encontrar quieta.

Luego la saludaron sus hermanos. Luis, el mayor y en plena adolescencia, se acercó a besarla con cierta frialdad como si se tratara de un suplicio. Tras un lacónico “feliz cumpleaños”, volvió a su sitio llevándose una mano a la cara, como para ocultar la confusión que le producía esa escueta demostración de cariño. A pesar de eso, era un chico alegre y lleno de vida. Los dos pequeños, Juan y Pedro, no opusieron resistencia a sus emociones y la abrazaron cariñosamente.

Su padre, Pierre Candau, un hombre de estatura media con una barba espesa y tez morena, la esperaba con el regalo. En ocasiones como esta se descubría que, aunque a veces se mostrase un poco serio, ocultaba gran afecto por sus hijos.

Cada año le gustaba sorprenderlos con algo inesperado el día de su cumpleaños. El anterior había comprado a su hija unos zapatos Rudloff de charol y tacón, confeccionados especialmente para ella en la fábrica de la Isla Teja. Ahora sostenía una caja alargada de un palmo de altura.

Al ver el tamaño de la caja, Amelia lo abrazó agradecida y llena de curiosidad:

⁴ “¡Mi niña, cómo has crecido!”.

—Para que te veas como una Candau —le dijo Pierre.

—Candau Lemoine, querrás decir —replicó su esposa sonriendo. (Se trataba de una broma conocida por la que su marido intentaba una y otra vez apropiarse el origen de la elegancia)—. *L'élégance vient de chez les Lemoine*⁵ —repitió Marie como siempre que su Pierre la provocaba.

Amelia abrió la caja mientras todos miraban expectantes. El paquete le pareció precioso: un embalaje de cartón de color blanco con ribetes negros y rodeado por una hermosa cinta azul claro. En la parte superior se leía PARIS y abajo *Fabriqué en France*. Quitó la tapa y abrió con cuidado el papel de seda que recubría la tela. Era un hermosísimo vestido de color blanco, con los más finos bordados.

Amelia se quedó sin palabras.

—¡Un vestido parisino! —exclamó su madre para sacarla del embeleso.

Y lo era de verdad, nada menos que un Christian Dior.

Amelia estiró el largo atuendo y lo miró admirada por todos los costados. No lo podía creer. Estaba segura de que ninguna chica de Valdivia tenía un vestido igual. Si no fuera porque su padre le exigió otro beso de agradecimiento, no hubiera salido del encanto que le produjo imaginarse vestida así en la fiesta de su cumpleaños que habían organizado para esa noche.

—¡Gracias, papá! ¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó.

—Fue idea de tu madre. Yo solo me ocupé de lo práctico; a través de la naviera se consigue cualquier cosa de Europa.

⁵ “La elegancia viene de los Lemoine”.

Pierre Candau, alto ejecutivo de la naviera Haverbeck & Skalweit, se esmeraba tanto en su trabajo como en la atención a su familia.

—¡Voy a probármelo ahora mismo! —exclamó Amelia con entusiasmo.

—De eso, ni hablar. Solo quedan diez minutos para llegar a tiempo al colegio. ¡Vamos! ¡Tomen sus mochilas y al coche! —ordenó Pierre.

En el porche de la casa la esperaba Fernando, el jardinero.

—Señorita Amelia, que tenga muy buen día y sea muy celebrada. Mi esposa y yo conversamos anoche de lo grande que está. Nos emociona ver así a quien conocimos como este brote de murtilla⁶ —dijo indicando un pequeño tallo.

Fernando y Elvira provenían de una zona campestre cercana a Valdivia y vivían en una pequeña cabaña en la entrada del terreno de la casa de los Candau Lemoine.

Antes de salir a la calle, Elvira se acercó al coche y ofreció a Amelia unos pasteles que había preparado. Luego dio también uno a cada niño, y dijo que el resto lo llevaría a casa cuando fuera a hacer la limpieza.

Erika Baier, la mejor amiga de Amelia, la esperaba en la puerta del colegio para ser la primera en felicitarla. La abrazó y le dijo:

—Va a ser un día estupendo. En cuanto terminen las clases nos vamos a mi casa donde te hemos preparado un almuerzo

⁶ Arbusto mirtáceo chileno, que suele alcanzar poco más de un metro de altura, de flores blancas. Con su fruto, una baya roja casi redonda, se prepara una mermelada muy apreciada.

muy especial, con una sorpresa. Después quiero que me acompañes a buscar mi vestido a casa de la modista, y luego ¡solo queda esperar que comience tu gran fiesta...!

—Papá y mamá se han preocupado mucho de los preparativos, así es que espero que todo resultará bien —respondió Amelia.

Habían sido amigas desde pequeñas. Ahora que eran un poco mayores estudiaban muchas veces juntas en casa de una u otra y sacaban las mejores notas en el curso. Erika tenía una memoria de elefante, retenía los conocimientos como una esponja el agua. Y cuando la estrujaban brotaban no solo unas gotas, sino un verdadero manantial. Sin embargo, le costaba la abstracción y era menos discursiva que su amiga. Amelia era analítica y ordenada, prefería hacer las cosas paso a paso, calmadamente y sin precipitarse.

A Erika, impetuosa y brillante, le atraía esa delicadeza de su amiga que no sabía cómo alcanzar. Le apasionaba la guitarra y la música española, mientras que Amelia prefería la dulzura del piano. Las dos eran vivaces, cada una a su modo, y ambas soñaban con aventuras: Amelia quería ser dueña de su destino y Erika prefería que el destino le indicara hacia donde orientar su vida. Una era prudente y comedida; la otra, novelera y soñadora.

Quizá se apreciaran tanto por ser muy diferentes, tal como se atraen dos polos opuestos de un imán.





El terremoto de Valdivia es el más potente de la historia del que se tiene medición instrumental: 9.5 de la escala Richter y XXI en la de Mercalli. Fue percibido a nivel planetario por una serie de maremotos que alcanzaron a diversas localidades a lo largo del océano Pacífico, incluyendo Hawái y las costas de Japón.

Otras consecuencias del cataclismo fueron la erupción de volcanes y la obstrucción del río San Pedro, desagüe natural del lago Riñihue, último de una inmensa cuenca lacustre compartida con Argentina, que amenazó con sepultar a Valdivia con un inmenso alud.

Se estima que la catástrofe natural costó la vida a cerca de dos mil personas y dejó damnificadas a más de dos millones.

Valdivia es el escenario de esta novela, junto a otras ciudades de Argentina, España y Francia. La vida de dos jóvenes, Amelia Candau —de ascendencia francesa— y Erika Baier —descendiente de colonos alemanes—, cambia radicalmente a causa de la tragedia y da lugar a insospechados conflictos. Dos modos de ver la realidad llevan a que estas amigas de la infancia sigan distintos caminos, en los que las decisiones personales serán determinantes.

Dos hijas del gran terremoto resulta una lectura en la que los dilemas humanos se plantean con un trasfondo histórico atrayente y realista, bien documentado y explicado, que revela una parte de la historia poco conocida para muchos.

COLECCIÓN
didaskalosliteratura

